EDICION DE "LA PATRIA."

EL AMOR DE UN ESCLAVO.

NOVELA ESCRITA POR

OSCAR COMMETTANT

MEXICO.

TIPOGRAFIA DE I. PAZ, ESCALERILLAS 7.

1881.

EL AMOR DE UN ESCLAVO.

CAPITULO PRIMERO.

LA TRATA DE BLANCOS.

La Bahía de Rio Janeiro pasa, con justo título, por una de las mas preciosas bahías del mundo. Su magnificencia puede rivalizar con la de Constantinopla que es considerada como la mas hermosa.

Y en efecto, nada es tan bello y tan grandioso como la entrada en la capital del Brasil.

Cuando se llega de alta mar, una cadena de montes se presenta á vuestros ojos bajo la forma de un hombre tendido, bien como si durmiera sobre las ondas del mar Atlántico. El pico llamado *Pan de*

azúcar, dibuja de un modo correcto el pié del gigante; las piernas y el cuerpo se encuentran perfectamente representadas, y el *Corcovado*, que necesita tres horas para recorrerse, traza la arqueada nariz de aquel inmenso coloso que parece esculpido en una longitud de muchas leguas.

Añadirémos, tambien, ya que lo hemos podido observar por nosotros mismos, que el *Gigante acostado*, se parece como un gran retrato, á la figura de Luis XVI.

A medida que se entra hácia el puerto, las poderosas formas del coloso aparecen mas vagas, menos concretas: los montes y peñascos que á cierta distancia parecian que se encontraban unidos, se desgajan lentamente hasta que por fin, la ilusion se desvanece.

Pero no por esto vuestra admiracion disminuye: el espectáculo cambia; pero la naturaleza sigue desplegando su magnificencia extraordinaria.

Al entrar en la rada, percíbese entre una vejetacion completamente nueva al europeo, la ciudad de Rio, pintorescamente edificada sobre un plano inclinado y rodeada por un fértil cinturon de elevadas y siempre verdes montañas.

El primer edificio que observa el viajero es la

Aljuba (1) en que se sujeta á los negros á correcciones corporales.

Estas correcciones consisten en una série de latigazos cuyo número varía de veinticinco á ciento cincuenta.

El látigo se halla formado con nervios de buey rematando en hilos en cuyo estremo hay una punta de hierro.

Un negro, casi siempre un esclavo, es el que se halla encargado de aplicar la sentencia á los culpables.

Al tercer latigazo, si el verdugo cumple debidamente su oficio, la carne del paciente salta hecha pedazos.

Un médico le examina y segun el estado de su pulso, el castigo se continúa ó se suspende.—

La lúgubre y odiosa Aljuba, regada tantas veces con la sangre de esclavos desdichados, se levanta sobre el Castillo, como el padron de infamia de un estado social que desde mucho tiempo se ha condenado y que reprueba la moral, la religion, la humanidad y hasta el mismo interés de los colonos que se encuentran siempre amenazados con la emancipacion de los negros.

---

(1) *Aljuba* ó Casa de Correccion, se hallaba antiguamente en el Morro del Castillo. Hoy se encuentra en el Catombí.

Pero no todos los señores mandan sus esclavos á la Aljuba: les hay que les castigan en sus propias casas.

A los que intentan escaparse se les remacha un grueso anillo de hierro en la pierna, de la que sale una cadena que rodea su cintura.

A los que son amigos del *dolce farniente*, se les pone una argolla en la garganta donde está fijada una cruz perpendicular del mismo metal.

A los beodos se les pone una máscara blanca de hierro que cubre todo su rostro.

Esta máscara tiene dos agujeros por donde ven los esclavos, y otro mucho más pequeño por el cual respiran. Estas nuevas máscaras de hierro introducen el aguardiente por los agujeros de los ojos, inclinan su cabeza y el ardiente licor llega de este modo á sus lábios.

Una máscara de hierro en un país donde el calor llega muchas veces hasta cuarenta grados, no puede ser muy cómoda; pero ya se sabe que los bebedores son incorregibles.

Estamos en el segundo domingo del mes de Enero, que como se sabe, pertenece á la mas calurosa estacion de Rio Janeiro.

La bahía, siempre tan animada, por la presencia de numerosos buques de guerra y mercantes,

por las mil falúas que tienden al viento sus blancas velas, y por infinidad de estrechas y largas piraguas, ofrece en este dia un aspecto mucho mas animado que de costumbre. No léjos de la isla de las Serpientes y cerca de la Aduana, veíanse dos bricks portugueses de construccion sólida que acaban de llegar de las Islas Canarias y de Cabo Verde.

Gran número de piraguas rodeaban estas naves, uyos puentes se hallaban cubiertos de hombres, niños y mujeres.

Estos hombres, estos niños y estas mujeres, aguardaban que llegase un hombre, no para comprarlos, porque en el Brasil no se venden mas que los negros, (1) sino para que alquilara su trabajo ó sus servicios por cierto número de años, segun la voluntad de las partes contratantes.

Dos habitantes de las Canarias, de las Azores y de las Islas de Cabo Verde, son generalmente, pobres: en estos países que Dios ha favorecido con una naturaleza tan pródiga y un suelo tan fértil, hay por lo comun, una miseria tan grande que solo puede compararse con algunos puntos de la Ir-

Esta miseria ha dado lugar á una especulacion que se puede calificar de *Trata de blancos*.

---

(1) Esto se escribió antes de que la esclavitud se aboliera.

Hé ahí como esta se realiza:

Se fleta un buque que por lo regular es muy malo por convenir así á los intereses de sus armadores: luego se participa á los habitantes de aquellas Islas por medio de carteles y anuncios en los periódicos que hay un buque dispuesto á llevarlos al fiado hasta Rio Janeiro, dónde no podrán menos de quedar ventajosamente colocados. ¡Los que tratan de embarcarse se obligan, ante el capitan que debe trasportarles, á alquilar sus servicios conforme su capacidad y su oficio, á cualquier persona que, en Rio Janeiro, consienta en pagar su viaje deduciéndolo de su sueldo acerca del que nada tiene que ver la empresa que embarca los emigrantes.

El precio del viaje se fija, para todos, de un modo igual; y los que aceptan este pacto son alojados de cualquier modo en el puente, en el entre puente, y hasta en las mismas lanchas de la nave.

Si una tempestad sobreviene, si el buque hace agua, las tres cuartas partes de aquellos infelices mueren ahogados.

Pero los emigrantes, para los que hacen la trata de blancos no son hombres, son simplemente emigrantes, y de consiguiente bien se les puede

tratar como se trata una mercancía. El alimento que se les dá mientras dura la travesía, es el mismo que se ofrece á los esclavos del Brasil.

Cuando uno de estos buques llega á Rio Janeiro, los habitantes de esta ciudad, principalmente los jóvenes, lo toman á gran fiesta; cojen una lancha y van á bordo para visitar la *belleza del cargamento.* Ya se comprende que las jóvenes y las mujeres aun hermosas, son las que se colocan más pronto.

Los capitanes, que no lo ignoran, reciben con mucho gusto á las doncellas y rechazan desapiadadamente á las viejas. En cuanto á los hombres, no se les recibe tan fácilmente, y por lo que se refiere á los niños, se les recibe con gusto siempre que van acompañados de una hermana ó de una madre hermosas. El uno hace pasar al otro.

En el instante en que comienza esta historia, dos hombres, que por su trage parecian comerciantes, se metieron en una lancha.

—*Muleca;* dijo uno de estos dos hombres, dirigiéndose al negro que le guiaba: llévanos á bordo del brick *Inés de Castro.*

—Está bien, *mi señor,* dijo el negro en su humilde lenguaje.

El negro impulsó la piragua, se metió en el

mar, que le llegó hasta las rodillas, y botada su embarcacion, saltó con lijereza en ella, comenzando á remar con vigor.

—Y bien, señor Mannel Ribeira, dijo el más jóven de los dos comerciantes, dirigiéndose á su compañero que era un hombre de treinta y cinco á treinta y ocho años; parece que *Vuestra Escelencia* necesita una jóven que dirija vuestra casa. Lo cierto es que esto de ver siempre rostros negros se hace algo monótono. Aunque no fuese mas que bajo el punto de vista del arte obrariais muy bien; pues una jóven blanca estaria admirable entre vuestros esclavos negros.

—Eres burlon como un francés, mi querido Pinto, dijo Manuel Ribeira, que en su calidad de portugués, hijo de Oporto, siempre hablaba formalmente; en verdad que necesito una mujer blanca para que gobierne mi casa, toda vez que estoy soltero y que solo una persona de raza blanca puede inspirar algun respeto á mis negros; mas no tengo intencion de elegir una mujer jóven, ni ménos que sea hermosa. Por la demás he de confesaros que me inquieta muy poco el efecto, que, bajo el concepto del arte, pueda causar una mujer blanca metida entre esclavos negros.

—¡Diablo! vaya un desden por el bello sexo, y

vaya un desprecio por el arte. No eras así antiguamente, por lo menos en lo que se refiere á las mujeres. Hace unos años, cuando yo comencé á ejercer mi profesion y tú no eras mas que un simple hortera....

—Ciertamente, interrumpió Manuel Ribeira, mas ahora ya no soy un dependiente: soy dueño de una casa de comercio.

—Vaya no te amosques. Entonces elegirás alguna mujer grave, solemne, fea, que cuente de treinta y cinco á cincuenta años?

—Nada he resuelto: elegiré la que me convenga, ya sea jóven ó vieja; rubia ó morena, hermosa ó fea.

En estas y otras razones llegaron al brick.

Atracó la lancha y nuestros dos hombres subieron á bordo por una escala de cuerdas que colgaba en una de sus bandas.

Llegados al puente, comenzaron el escrutinio de aquellos desgraciados que esperaban un amo.

—Ya lo veis, señores; decia el capitan: aquí hay gente de todas clases: la hay de uno y otro sexo, desde la edad mas tierna hasta cuarenta años.

—Hé aquí una edad un tanto durilla, observó Pinto, riendo.

—Todos están sanos y vestidos.

—Aquí hay lavanderas, costureras, niñeras y cocineras. En punto á hombres, tengo criados, jardineros, cocheros y braceros. Examinadlos y pedid informes.

—Oid, capitan, dijo un inglés que frizaba en los setenta, de rostro colorado y ojos azules; oid: tengo que hablaros.

—Estoy á vuestras órdenes, repuso el capitan, llevando al inglés hácia la proa.

—Aquí, como me estais viendo, yo me encuentro viudo, le dijo el inglés en voz baja, y deseo encontrar una mujer de bien para el gobierno de mi casa.....así.....que sea jóven, comprendeis?

—Comprendo, comprendo.....replicó el capitan; mas temo que si la quereis muy hermosa no podré satisfacer vuestro deseo.....Desde el primer dia de mi llegada los jóvenes brasileños han saqueado mi cargamento.

— De modo que se han llevado lo hermoso y han dejado lo feo?

—Y vos no quereis mujer fea, no es cierto?

—En efecto, no me gustan.

—Entonces habreis de esperar otro viaje: para entonces os prometo muy buen género.

—Gracias, capitan: sois muy amable,

Mas léjos, un francés ni jóven ni viejo, grueso, linfático, de temperamento muy susceptible, cachazudo en sus movimientos, de aspecto melancólico y de genio estremadamente sencillo, decia á otro francés que al revés de este era burlon:

—Busco entre estas pobres muchachas un corazon verdaderamente amante y desinteresado y que me quiera por mí mismo. No quiero fiar en brasileñas, inglesas, ni francesas; deseo una canaria.

—Pobrecito! dijo para sí su amigo.

Y luego en voz alta prosiguió:

—Y creeis que las canarias os corresponderán fielmente?

—Creo que sí.

—Pues yo os creia enamorado de una tal Eufrasia por la que desafiasteis las preocupaciones del mundo y que, segun creo, embellecia nuestro melancólico retiro.

—Eufrasia! ah! la he querido mucho.... pero me engañó: me engañó de una manera detestable porque se me llevó todos los muebles.

—Bah!

—Nada tan cierto, amigo mio. La ingratitud de las mujeres es tan grande como lo infinito de sus caprichos. Figuraos que yo pasé con esta mujer,

dias que debian cimentar para siempre nuestra dicha. La desgracia, el hambre, la miseria, han unido por mucho tiempo nuestro destino, y nuestras lágrimas han bañado muchas veces el negro pan que yo le ofrecia junto con mi amor y un modesto cuarto. Pues bien, lo creeriais? La ingrata, la ingrata lo ha olvidado todo para huir con un amable jóven que la dá quinientos francos todos los meses y la tiene alojada en un cuarto ricamente amueblado.

—Oh! oh! que ingratas son las mujeres.

—La infeliz está perdida. Al menos viviendo conmigo podia levantar con orgullo su cabeza, porque, á decir verdad, mas que querida, era mi esposa.

—Y ahora venís á llenar el vacío que en vuestro corazon ha dejado la ingratitud de Eufrasia, eligiendo una emigrante á la cual intentareis ofrecerla vuestro amor?

—Cabal. Pero la quisiera desinteresada, porque el amor que se paga no es amor. Destruye la ilusion y la poesía, y la poesía y la ilusion son la base del amor. Pero mirad; cuando una mujer tiene el triste valor de imponer condiciones á sus favores y me pide dinero, sabeis lo que hago?

—Se lo dais.

Sí; pero entonces se me ocurre que aquella muer es interesada, que mi amor no es su único objeto en el mundo, y entonces me pongo triste.

—De modo que quisierais ser amado por vos mismo?

—Fuera tan dulce! A la mañana, por ejemplo, cuando salgo de mi casa para hacer algun negocio y no hago ninguno; cuando despues de un dia pasado en vanos esfuerzos, vuelvo á mi casa sin haber podido realizar ninguna de mis esperanzas, fuera muy agradable el encontrar una mujer amable, sóbria, modesta, que me colmase de tiernas caricias y soportara con alegría mi desgracia y mi infortunio.

—Pero esto no seria difícil encontrarlo?

—No es tan fácil como pensais, amigo mio, y no pudiendo encontrar una mujer de este género en la ciudad, vengo á buscarla á bordo.

Al hablar en esta forma el francés obeso y de genio triste y melancólico, llegó á la cámara del capitan. En aquel mismo instante Mauuel Ribeira, firmaba, con una hermosa jóven un contrato por el cual ésta se obligaba á servir al comerciante y por un período de cinco años, en calidad de ama de gobierno.

Esta jóven tenia diez y ocho años y se llamaba Dolores.

Hija de un labrador acomodado que vivia en las Canarias, habia recibido alguna educacion, y, gracias á su inteligencia, se habia elevado rápidamente por encima de su condicion social. Su padre y su madre que la adoraban, cifraron toda su dicha en el porvenir de esta niña.

Desgraciadamente, cuando aun no tenia ni once años, falleció su madre, y su padre, arruinado por una mala especulacion, tuvo que vender su propiedad y abandonar las islas.

Careciendo de recursos, completamente desesperado, recomendó su hija á una tia ya anciana y emigró á las Indias.

Cinco años despues, la tia de la jóven murió; y pasados otros dos años, Dolores, en calidad de emigrante se embarcaba en el brick portugués, donde la hemos visto firmar un contrato con Manuel Ribeira.

Hemos de decir algunas palabras sobre este último para la mayor inteligencia de nuestros lectores.

Manuel Ribeira, segun dijimos, habia nacido en Oporto. A semejanza de algunos de sns compatriotas, habia llegado siendo aun muy niño á

Rio Janeiro donde desembarcó con diez francos en el volsillo, y sin recomendacion de ningun género. Los portugueses son por lo comun escelentes comerciantes: son sóbrios, activos, pacientes, laboriosos, honrados y alientan una ambicion sin límites.

Fuera de esto, son siempre humildes con su principal, lo que hace que este les proteja muchísimo.

Así, cuando los comerciantes del Brasil necesitan un dependiente, dan la preferencia á un portugués. Casi todos los mancebos de Rio Janeiro son jóvenes portugueses que abandonan su patria en busca de una posicion que les ofrece el Nuevo Mundo. Fuera de esto, tienen sobre los demas extranjeros la gran ventaja de hablar el idioma del país.

Manuel Ribeira no bien hubo llegado á Rio Janeiro, cuando entró de mancebo en una importante casa de comercio, que tenia bajo sus órdenes muchos otros dependientes

Los portugueses son constantes: Ribeira pasó ocho años en esta casa de la que no salió mas que para ir á otra, dedicada al comercio del tasajo y en la que ocupó el puesto principal entre sus demás compañeros.

Pasado algun tiempo fué el gefe de esta casa. En ella tenia muchos blancos bajo sus órdenes y luego era dueño de unos diez ó doce esclavos de ambos sexos.

Esta casa era la misma que Dolores, aun tan jóven, iba á dirijir en su calidad de ama de gobierno.

Por qué Manuel Ribeira, que era un hombre formal y de muy buen juicio, elegia á una mujer que por su edad no ofrecia las mejores garantías?

CAPITULO II.

UNA DICHA INESPERADA.

—Sois muy jóven, hija mia, habia dicho Manuel Ribeira dirigiéndose á Dolores que iba á llenar sus funciones de ama de gobierno en una casa de un personal tan numeroso.

—Soy jóven, en efecto, replicó la niña; pero he sufrido mucho y el sufrimiento envejece mas que los años y dá una experiencia anticipada.

Esta sencilla contestacion prudujo muy buena impresion en el ánimo del portugués.

Manuel sentíase atraido hácia ella por la dulzura de su rostro y por la inteligencia de su mirada.

Dolores, no era precisamente hermosa: sus facciones carecian de regularidad por más que su conjunto fuese armónico, y su estatura algo baja no era muy flexible ni elegante. Pero estos defectos se hallaban compensados con una negra y abundante cabellera, unos ojos dulces é inteligentes á un mismo tiempo, admirablemente sombreados por largas y arqueadas pestañas, una frente límpida y serena, un pié breve y una voz dulce y musical que parecia una tierna y melancólica melodía que salia del fondo de su alma.

La jóven tomó posesion de la casa de Ribeira con este despejo que da la inteligencia y la bondad.

Tanto los dependientes como los esclavos no tardaron mucho en sentir por ella un cariñoso respeto.

La jóven profesaba un instintivo horror á los castigos corporales, y gracias á su palabra y á la rectitud de su juicio, sabia conducir á los negros por la senda del deber.

Dolores era muy cristiana para que en su corazon no existiese un eco de la palabra de Dios: *Vos ommes fratres estis! todos sois hermanos;* esta sublime expresion, á la que han quedado sordos

no tan solo muchos católicos de América, sino muchos otros de Europa.

Antes de que llegase Dolores, un negro, que se llamaba José, era el capataz de los criados y esclavos, y el que por consiguiente llenaba las funciones que iba á desempeñar la jóven.

José, habia sido comprado, cuando aun no tenia cinco años, en una subasta por Manuel Ribeira, y éste le profesaba algun cariño.

Verdad es que el negro se hacia digno de ser querido.

De una fidelidad irreprochable, tenia á su dueño un respeto y un amor indescribibles. Apasionado y ardiente, pertenecia á esa clase de hombres que son el tipo de la honradez cuando no se lanzan en brazos del vicio y del desórden. Si es cierto que los estremos se tocan, más cierto es en todo lo que concierne á las dotes del corazon y del espíritu. Las naturalezas robustas llevadas por la pasion se lanzan con igual ardor por el camino del bien ó por el camino del mal y lo recorren hasta sus límites postreros. Basta una cosa cualquiera, un acontecimiento al parecer sin trascendencia, para imprimir á las naturalezas exaltadas y entusiastas el movimiento que les hará emprender una de estas dos sendas.

Los buenos cuidados de Manuel, su cariño por esta infeliz criatura sujeta al azár de la servidumbre, abrieron el corazon del negro á los generosos sentimientos.

Pero cuando José se vió relevado por una estraña en las funciones que desempeñaba, no pudo ménos de sentir algunos celos y tuvo que hacer grandes esfuerzos sobre sí mismo y llamar toda su razon en su auxilio para no protestar abiertamente contra lo que en su concepto era injusto. Mas pasada la primera efervescencia, José volvió á doblegarse bajo la voluntad de su amo y no tardó mucho en sentir la dulce influencia del ama de gobierno. Así, pues, concluyó por guardar con ella las más delicadas consideraciones y por ser su más obediente y humilde esclavo.

Sin embargo, quizá porque en él resucitaron los celos, José no tardó mucho en ser lo que habia sido al principio: andaba distraido, preocupado, sombrío y muchas veces contestaba á Dolores bruscamente.

Esta, á pesar de sus grandes poderes, no dejaba de mostrarse dulce y conciliadora con el negro. Todos, en la casa, convinieron en que José alimentaba en contra de Dolores un ódio irreconciliable

pero que su cariño por Manuel hacia que la ocultara en lo más profundo de su pecho.

—José, le dijo cierto dia el ama de gobierno: vigila durante mi ausencia, para que el servicio de la casa continúe haciéndose.

Al principio el negro recibió con docilidad esta órden; pero luego, como si una culpable idea hubiese cruzado su espíritu, dijo:

—Vaya, señora, ¿para qué me distinguís de los otros? No soy esclavo como mis compañeros?

Y se alejó rápidamente.

Este sentimiento de hostilidad afectaba penosamente á la jóven, que deseaba conciliar la dulzura con el respeto que se le debia como mujer blanca y como ama de gobierno.

Algunas otras escenas del mismo género confirmaron la idea de que José profesaba un ódio mortal á Dolores.

Pero á medida que protestaba contra la autoridad de la jóven, se mostraba más humilde y reconocido por Manuel, al cual llamaba su querido señor, su único dueño.

Tal era la situacion del esclavo en lo que se refiere á su ama, cuando ésta llegó á los veinte años.

La mañana en que ésta los cumplia, Ribeira la

mandó llamar por José, que era, por decirlo así, su ayuda de cámara.

—Señorita, la dijo el negro, con voz despreciable y triste á un mismo tiempo, el señor desea hablaros.

—Sabes lo que el Señor Ribeira quiere decirme? le preguntó con voz dulce la jóven.

—No! los negocios que podeis tener con mi señor no me conciernen. Yo solo le sirvo cuando me manda y jamás le pregunto su intento.

—Con qué dureza me hablas! En verdad que si no me inspirases lástima, te mandaria aplicar un castigo.

—Pues bien, repuso el esclavo en voz baja, como si temiera las consecuencias de su respuesta; quisiera mejor esto: así tal vez....

Dolores, para conciliar su dignidad con la bondad de su alma, fingió que no habia oido nada é interrumpió al negro diciendo:

—Me dirás, cuando ménos, dónde se encuentra el señor?

—En su cuarto, dijo el esclavo, inclinándose como si se arrepintiera de su esceso de mal humor.

Sin tomarse siquiera el necesario tiempo para arreglarse, la jóven se dirigió al cuarto del señor Ribeira.

Era la primera vez que el portugués se permitia semejante familiaridad con su ama de gobierno á la cual trataba con todas las consideraciones que inspiraba su digna é irreprochable conducta.

Ribeira la aguardaba en la puerta de su cuarto vistiendo un traje que podia calificarse de etiqueta.

—Entra, hija mia, la dijo, entra: quiero hablar contigo largamente y deseo estar solo.

—Estoy, señor, á vuestras órdenes, replicó Dolores con la tranquilidad mas perfecta, y entrando en el cuarto de su amo.

—Toma una silla hija mia, y atiende.

Dolores se sentó al lado de Ribeira que tomó asiento en un canapé de junco.

—Ya os escucho, señor.

Hubo un instante de silencio.

Ribeira se pasó la mano por la frente como si reclamara el auxilio de todas sus facultades, clavó en la niña u a mirada profunda, y luego dijo:

—Yo, hija mia, aguardaba con impaciencia, el dia de tu cumpleaños para hacerte una confesion que quizá te parezca muy grave. Hace ya dos años que mi buena estrella me condujo á tu encuentro, y hace ya dos años que me considero feliz porque logré de tí que vinieras á mi casa, cuyo

buen gobierno no merece mas que elogios. No pasa dia sin que me felicite por haber encontrado una mujer que cual tú es tan honrada, tan buena, tan leal y tan hermosa.

—No merezco tanto, dijo la niña bajando modestamente sus ojos.

—No me interrumpas, hija mia: no te he mandado llamar para prodigarte esa clase de elogios que brotan de los lábios y no del corazon. Así, pues, no dudas de mi sinceridad, no es cierto Dolores?

—No, dijo la jóven fijando en Ribeira una inteligente y franca mirada; la sinceridad brota siempre en el corazon del hombre honrado y permanece en sus lábios como el distintivo de sus nobles sentimientos, y vos señor, Manuel, sois un hombre verdaderamente honrado.

—Gracias, hija mia. Creo en efecto que soy un hombre honrado, y por consiguiente ódio la mentira y el engaño. Así, pues, decia la verdad al asegurarte que me consideraba feliz, por haber visto en tí desde el primer dia, todo lo que hay de honrado, de bueno y de leal en tu alma. Pero al sentimiento de aprecio que tu me inspirastes desde un principio, se ha unido poco á poco otro sentimiento mucho mas tierno y mucho mas íntimo.

No he tratado de luchar contra esta disposicion de mi alma: al contrario, he dejado que se desenvolviera y que tomara la consistencia de un amor que no trataré de ocultarte.... Te amo, Dolores, y hoy, dia en que cumples veinte años, te ofrezco mi amor, mi nombre y mi fortuna.

Dolores no habia oido sin una emocion violentamente reprimida el principio de esta plática: pero al oir las últimas frases de Ribeira, su emocion estalló por completo.

Levantóse con precipitacion de su silla, apoyó sus manos á su pecho como para acallar sus latidos, y quiso hablar; pero la faltó la palabra.

Ribeira levantándose á su vez se apresuró á sostenerla.

—Qué tienes querida mia? He de interpretar á mi favor ó en mi contra el efecto que mi pretension te ha causado? Sé franca, Dolores, porque si uno es feliz al unirse con la persona amada, en cambio se reciben los mas crueles desengaños cuando las simpatías no unen las almas. De todas las libertades la que para mí es mas santa é inviolable, es la de elegir á la persona que hace latir nuestro pecho. Háblame con franqueza, porque si es necesario haré toda clase de esfuerzos por ahogar mi cariño.

—Ah! señor, replicó Dolores con voz alterada, y esforzándose inútilmente por dominar su emocion; vuestra bondad me confunde; pero yo.... yo no deseo casarme.

—Oh! harto lo veo, replicó Manuel con tristeza; no he conquistado tu amor: soy un loco: no he pensado que casi tenia el doble de tu edad: yo no debia acariciar un yroyecto que era demasiado bello y dulce para que no fuese mas que una ilusion.

—Os engañais, caballero, os engañais: la naturaleza de mis sentimientos respecto á vos no es esta.....

—Gracias, hija mia, gracias por tu delicadeza; pero yo no he vivido hasta hoy sin haber aprendido algun tanto en ese libro del alma siempre abierto que se llama el rostro. Tu corazon pertenece á otro: lo leo en tu semblante.

—No, no, caballero, dijo con espansion Dolores; yo os aprecio demasiado y os estoy demasiado reconocida para dedicar á otro afecciones que solo á vos os debo; pero el matrimonio, segun vos dijesteis es una cosa muy grave, un ancho campo de felicidades ó un abismo de desdichas. Yo no soy, bien lo sabeis, mas que una pobre jóven cuya familia y cuya vida os son completamente desconocidas: quizá un dia os arrepentiriais de haber

cedido á una inclinacion efímera y quizá tendriais derecho para reprocharme el no haberla combatido.

—Yo te amo, Dolores, y te amo por tí sola. Probablemente has querido significarme que tu familia está pobre. Acaso la mia está rica? Y por lo que se refiere á tu vida, por qué he de conocerla? En la época en que te ví, eras, por decirlo así, una niña y tus virtudes de hoy son para mí una garantía de tus virtudes de ayer.

Dolores guardó silencio y pareció que quedaba sumergida en graves reflecciones.

La palidez de su semblante revelaba una gran lucha interior.

Una lágrima corrió lentamente por sus mejillas.

Era la expresion de la inesperada dicha que sentia la jóven al verse tan amada? Hemos de suponerlo toda vez que Dolores rompiendo bruscamente el silencio, cogió la mano de Ribeira y le dijo con voz que indicaba la existencia de una pasion verdadera y profunda:

—Amigo mio, bienhechor mio, yo os amo!

CAPITULO III.

UN MATRIMONIO COMO HAY POCOS.

Un mes despues, la jóven canaria, sin familia, sin apoyo de ningun género y que habia dejado su país en un buque, que por decirlo así, la recibia de limosna, se casaba en Rio Janeiro con un rico y honrado comerciante que cifraba en ella toda su dicha y su alegría.

El dia del enlace, los esclavos se habian reunido, y echando mano á su pobre y miserable bolsillo compraron una cesta de madera y pajas guarnecida de finísima tela y la llenaron de frutos del país, tales como higos, banadas, naranjas, guayabas y cocos.

Aparte de esta cesta, los negros habian confeccionado un gran ramillete de flores.

El ramillete debia ser ofrecido á Ribeira por José, que era el encargado de felicitarle en nombre de sus esclavos.

Estos, por muchas razones, habian elegido á José para desempeñar la delicada mision de felicitar á sus dueños por la celebracion de su enlace.

Le eligieron, primero, porque era el esclavo más antiguo de la casa; segundo, porque era el negro más querido de Ribeira, y tercero, porque José era el más inteligente de todos ellos, y por consiguiente, el que podia desempeñar mejor este encargo.

José aceptó ó fingió aceptarlo con gusto; mas en en el instante en que debia presentar el ramillete, dijo que se sentia indipuesto y fué á coloc rse detrás de sus compañeros á fin de que nadie lo viese.

Una jóven mulata, fué la que presentó el ramo

Todo el mundo creyó, que el ódio que el negro profesaba á su ama, era la verdadera causa de aquel retraimiento por parte del negro.

En la tarde del dia en que se celebró el matrimonio, el señor Ribeira convidó á muchos de sus

amigos á una quinta que tenia en las afueras de la ciudad.

Los negros se entregaron al placer: bebieron aguardiente de caña, comieron escabeche y bailaron al son de la marimba, instrumento que consiste en una plancha de hierro, las cuales, sostenidas y agitadas con las manos, dan un seco y extraño sonido.

José fué el único que no participó de la fiesta: nadie le vió entre los otros negros, por más qu hubiese ido á la quinta con ellos.

La algazara continuó todo el dia siguiente y gran parte de su noche.

Al tercer dia todo el mundo volvió á Rio Janeiro para entregarse al trabajo.

La felicidad no es patrimonio del hombre; este principio es aun más exacto cuando se aplica al matrimonio; pero debemos asegurar que la más completa dicha reinaba en casa del señor y de la señora Ribeira.

La fortuna de la jóven canaria no habia alterado ni ensoberbecido su carácter: no habia en ella ninguna difererencia: tan dulce se mostraba siendo esposa de Ribeira como cuando no era más que su ama de gobierno. Su bondad no era el resultado de un carácter flojo: era el resultado de su justicia

y su caridad bien comprendida. Así es que nadie dudaba de sus escelentes sentimientos ni nadie se propasaba con ella. Fuera de que se hallaba caracterizada por un tinte de melancolía junto á una dignidad natural que inspiraba el mayor respeto.

El bien y el mal nos viene de las mujeres.

Cualquiera que sea su influencia se estiende á cuanto la rodea.

¿Quién es ella? preguntaba un juez español cuando se le daba cuenta de la pepetracion de un delito.

¿Quién es ella? se podria preguntar asimismo cuando se ejecuta una buena accion, puesto que directa ó indirectamente interviene en ella una mujer.

Gracias á la mediacion de Dolores, todo, en la casa de Ribeira, marchaba perfectamente.

Escepto algunas nubes que se disiparon tan luego como aparecieron, todo era puro y hermoso en el cielo de aquel himeneo.

Un dia, por ejemplo, Ribeira entró más tarde que de costumbre á su casa; parecia vivamente contrariado. Era la primera vez que se encontraba de mal humor desde la celebracion de su enlace.

Al principio, Dolores no dijo nada por más que hubiera observado la tristeza de su esposo.

La estrañaba sin embargo.

Ribeira no habia tendido segun costumbre la mano á su esposa, y casi no habia notado su presencia.

Juzgando que habia la ocasion de romper tan estraño silencio, dijo la jóven esposa:

—¿Qué tienes amigo? Estás indispuesto?

—Qué te importa? Si estoy indispuesto, ya sabré curarme, respondió Manuel con brusco acento.

—En verdad, Ribeira, que no pareces el mismo: hasta hoy nunca habias usado tal lenguaje.

—Es muy posible. Me consta que soy harto débil con todo el mundo, y especialmente contigo: mi amor propio de hombre, de gefe de la casa, protesta contra una opresion que por ser dulce no es ménos tiránica. Desde cuándo no podré mostrar mi mal humor si realmente le tengo? Será pues, necesario, que ria siempre al objeto de agradaros?

Y al pronunciar estas frases se paseaba con agitacion en el cuarto.

—Me estás afligiendo, amigo mio: no comprendes la naturaleza de los sentimientos que tu mal humor me inspira.

—Hé aquí la gran palabra: cuando se ha hablado de sentimientos se cree que todo se ha dicho, como si la vida no consistiera mas que en sentir.

—Acaso, Manuel, soy yo la involuntaria causa de tu tristeza? si así es, perdóname. Dios sabe que tú eres lo que más amo en el mundo y que estoy dispuesta á sacrificar mi vida por tu dicha..... Te lo ruego, amigo mio, te lo suplico, no me hables jamás ese lenguaje....me arrancas el corazon.....ocasionarias mi muerte.

—¡Ah! ¡Dios mio! esclamó Ribeira, que volvió en sí á consecuencia de estas palabras; ya sabes que no te hablo así para entristecerte.....qué diablo! es necesario que me comprendas: harto sabes que te amo.....pero cuando digo que soy débil, demasiado débil para con todo el mundo, es la verdad: si yo fuese más desconfiado, más duro en los negocios, hubiese ganado doce cuentos de reis.

—Así lo que causa tu tristeza es el no haber podido ganar este dinero?

—Me parece que hay motivo bastante para ello: doce cuentos de reis no se ganan fácilmente.

—Ciertamente: pero esto no perjudica tu crédito y tu buen nombre. Despues de las injustas y duras frases que me dirijistes, la noticia de que la causa de tu mal humor consiste en no haber ganado ese dinero, casi me es agradable.

—¡Diablo! Pues si en vez de no ganarse se hu-

bieran perdido, con pocos golpes como este habria para que yo me convirtiese en un dependiente y tú en una criada.

—Lo que es por mí no temo nada: siempre fuí pobre, y bien puedo vivir y morir pobre: mi dicha siempre será grande en la tierra, puesto que he conquistado tu amor.

La jóven, profundamente impresionada, echó á llorar y se arrojó en brazos de su esposo.

—Pobre niña! Y llorasl dijo Ribeira estrechándola contra su pecho con ternura.

—Las lágrimas que ahora vierto son deliciosas, amigo mio, dijo la jóven inclinando con dulzura su cabeza en el hombro de su esposo: la alegría, como el dolor, llora de cuando en cuando.

—Vaya, no es cierto que me perdonas, amiga mia? Qué quieresl no fuí dueño de mí mismo: cree, que siento haberte tratado con tanta injusticia.

—Tus palabras me devuelven la dicha, Manuel. El amor es el gran remedio para todos los males y aflicciones: ya que aun me amas, nada se ha perdido.

Ribeira siguió viviendo al lado de su esposa esa existencia pacífica y tranquila, llena de afecciones, que hacian de su casa un paraiso.

Pero la amable y preciosa Dolores no preveía las terribles pruebas que el génio del mal, celoso de su dicha estaba preparando.

No tardó, por lo tanto, en ver eclipsada su felicidad.

CAPITULO IV.

EL NEGRERO.

Los comerciantes del Brasil, no sienten, como los anglo-americanos, la pasion de los negocios por el único placer de hacer negocios.

El comerciante de los Estados Unidos es un galeoto del comercio que arrastra su grillete para siempre sin que jamás llegue á romperlo.

El grillete es de oro; pero siempre es un grillete.

El comerciante de Nueva-York se levanta á las siete de la mañana, almuerza precisamente á las siete y media, va á su oficina á las ocho y se empotra en su sillon hasta las siete de la noche.

Ya sea pobre ó rico, ya sea jóven ó viejo el yankeé, es fiel á la religion del tráfico y no cesa de quemar el incienso de su eterna adoracion y sus eternos sacrificios por el dios *dollar*, que es el único ídolo de los americanos del Norte.

En el Brasil se comprende mejor la vida. Los negocios no son el fin: son simplemente el medio.

Así, luego que un comerciante se vé en posesion de la fortuna que juzga bastante para satisfacer sus necesidades y placeres, remite á otros la carga de su trabajo, ó bien se queda tan solo con la parte directiva de sus negocios. Esto cuando no se retira del comercio para gozar con una justa y merecida tranquilidae el fruto de su trabajo.

Ribeira estaba rico; pero era aun demasiado jóven para hacer la vida del propietario. Continuaba, pues, haciendo su comercio, pero solo en su parte directiva, y el peso de la casa gravitaba sobre los hombros de un jóven que interesaba en las ganancias.

Manuel almorzaba á las diez: encendia un puro, y á las once y media se iba á su despacho. En él se le daba cuenta de las operaciones del dia, contestaba á las más importantes cartas, ó mandaba contestarlas, y á las cinco volvia á su casa.

Cuando hacia mucho calor, y á fin de evitar los

perjudiciales rayos del sol brasileño, salia de su casa más temprano; pero siempre volvia á ella entre cuatro y cinco de la tarde.

Cierto dia, despues de haber almorzado y cuando Ribeira iba á salir para dirigirse á su despacho, José entró y le dijo:

—Señor: un caballero busca á vuestra merced.

—¿Le conoces?

—Creo hace ya algunos años visitaba vuestra casa: es un comerciante que se dedicaba á la trata de de los negros....digo al comercio de colmillos de elefante, puesto que la trata fué abolida por los ingleses, que segun dicen, quieren á los negros más que á sí mismos.

—Es Francisco Pereira, al cual creí ahorcado y que, á no dudarlo, colgarán algun dia.

—Vuestra merced desea recibirle?

—No lo desao mucho; pero toda vez que en otro tiempo frecuentaba mi casa, y que al cabo era un buen parroquiano, debo recibirle.....Que pase adelante.

José salió del cuarto donde se encontraba su amo, y se dirigió hácia donde habia quedado el extranjero á fin de guiarle hasta donde esperaba Manuel.

Francisco Pereira, pues no era otro, pertenecia

á esa clase de hombres de rompe y rasga que tanto abundan en América, y á la que muchos van á buscar la impnnidad de sus crímenes y á tentar fortuna por medios más ó ménos lícitos.

Habia nacido en la isla de Madera. Sus padres, para corregir sus pésimas inclinaciones, le habian embarcado á los diez años en un buque que se dedicaba á la pesca de la ballena.

Ningun oficio es peor que el del ballenero. El frio, las privaciones de toda especie, los riesgos de una larga y penosa navegacion, todo ha de sufrirse en este oficio.

Despues de un viaje que duró tres años, Pereira volvió á su casa tal como ántes de salir de ella; era el mismo niño hipócrita, envidioso y ratero. Sus padres le embarcaron por segunda vez, y tardaron cinco ó seis años en tener noticias suyas. Cuando Pereira se presentó á casa de su amigo, hacia ya diez años que se dedicaba al tráfico de negros.

No obstante los peligros de esta vida, habrá siempre hombres que se dediquen á tan innoble comercio.

Se comprende fácilmente que los negreros escapen á la vigilancia de los cruceros si se tienen

en cuenta las ganancias inmensas que produce el tráfico.

Hé aquí, á propósito de esto, algunas cifras que no carecen de interés y que presentaremos al lector como una especie de paréntesis.

Las naves que generalmente se emplean para el trasporte de negros, son unas goletas que no valen más allá de veinticinco á treinta mil francos. Estas goletas no hacen sino un viaje, y luego que se han desembarazado del cargamento de negros se las echa á pique.

Los especuladores en tan bajo y ruin comercio, han establecido su cálculo de tal forma, que mientras de cada cuatro goletas llegue una á buen puerto, realizan inmensos beneficios.

Y en efecto, comprado en Africa, un negro cuesta, segun su fuerza y su edad, de cincuenta á doscientos francos: vendido en el mercado de la Habana ó del Brasil, no se saca de él ménos de mil quinientos ó dos mil francos.

Así, pues, un cargamento de quinientos negros, que á razon de ciento cincuenta francos cada uno vale *setenta y cinco mil francos*, en los mercados del Brasil ó la Habana, arroja la enorme suma de *novescientos mil francos* deducidos todos los gastos.

Este comercio debia pues tentar á Pereira, que aparte de esto se hallaba inclinado á la trata porque en ella encontraba un medio para satisfacer sus pésimos instintos.

Bajo este concepto, se hizo capitan negrero, y hubiera llegado á ser muy rico sin la pasion del juego que le dominaba y absorvia sus inmensas ganancias.

Por lo que se refiere á sus partes físicas, el negrero era lo que se puede llamar todo un buen mozo. Una benévola sonrisa que constantemente se dibujaba en sus lábios disimulaba toda la maldad de su alma, y su celoso y envidioso carácter se ocultaba bajo una apariencia de desinteres y bondad.

Pereira, á mas de esto, poseia el talento de agradar á las mujeres: como D. Juan, se complacia en escribir una lista de todas las mujeres que habia hecho sus víctimas y no tenia inconveniente en mostrarla á cuantos querian verla.

Decia que la trata de los negros no le hacia olvidar el trato con las blancas.

—En verdad, señor Ribeira, exclamó el capitan negrero entrando ruidosamente en el cuarto donde se encontraba este último, que no esperabais mi visita. Hacia tantos años que no nos habiamos visto!..

Por fortuna he podido escapar á los ingleses que de muy buena gana me hubiesen colgado en una verga y héme aquí en Rio Janeiro. Mi primera visita es para vos mi buen amigo.

—Os lo agradezco muchísimo, dijo Ribeira con una finura y una frialdad que contrastaba notablemente con el acento espansivo del negrero; celebro que hayais llegado tan bueno.

Oh! en cuanto á mi salud es siempre inmejorable: estoy cierto que rebentaré de gordo.

— Estareis muchos dias en Rio Janeiro?

—Marcharé á Campos pasado mañana en la goleta *Ortolan;* me llama allí un negocio y luego haré vela en direccion de.... ya sabeis. Pero antes de abandonar la capital he querido estrechar vuestra mano y compraros una cantidad de tasajo.

—En mi almacen encontrareis lo que deseais.

—Y que tal van los negocios? Vosotros los comerciantes siempre teneis la manía de quejaros.

—Lo que es yo nunca me quejo: mi casa continúa prosperando y nunca me he considerado tan feliz.

—En cuanto á mí, señor Ribeira, paso esta vida alegremente. Seis veces he hecho mi fortuna y seis veces la he perdido; pero bah! consuelo mi desgracia con vasos de Oporto, con la compañaí

de mis buenos amigos y las gracias del bello sexo... Despues de mí, el diluvio, segun decia un rey de Francia, Luis XV á no engañarme.

—No hace mucho pensaba en vos.

—De veras? y á propósito de qué?

—A propósito de lo que he leido en un periódico acerca de la caza que dió una corbeta inglesa á la goleta de un negrero. Parece que la goleta entró en un bajo donde no pudo seguirla la corbeta y yo dije para mi sayo. Quizá esta partida se la ha jugado Pereira.

—Y la goleta evitando el alcance de los cañones se qudó tres dias metida entre arrecífes?

—Esto dice el periódico: acaso, realmente, vos.

—Y en la noche del tercer dia, aprovechando un hermoso viento, la goleta levó sus anclas y se marchó callandito al rayar el alba, y la corbeta, que la estaba acechando ne vió nada porque el pájaro habia dejado el nido?

—Cabal: nadie ha sabido lo que fué del negrero.

—Pues yo sí que lo he sabido.

—Erais vos?

—Claro está. Al siguiente dia de mi fuga desembarqué mis negros en la costa, á unas seis leguas de la corbeta que no sabia que yo permaneciese tan cerca de ella y seguia bordeando. Unos

agentes cogieron el cargamento que no tardó mucho en quedar colocado á razon de dos mil francos por cabeza, lo cual me ha proporcionado un gran negocio. Nunca saqué tantas ganancias de un viaje. Llevaba á bordo trescientos negros entre hombres y mujeres: de estos se murieron sesenta y llegaron diez ó doce que estaban enfermos. He jugado un albur y me ha favorecido la suerte.

—Seguís jugando?

—Bastante.

—Con fortuna?

—Ya sabeis el refran: desgraciado en el juego, afortunado en amores!

—Así conquistais á trochimoche.

—Que quereis! Se tiene que emplear el tiempo se pasa en tierra. Si no fuera porque vais á salir que os enseñaria la lista de mis víctimas. Están colocadas por órden de fecha y por órden de profesiones. Veriais una columna para las solteras, otra para las casadas, y otra para las viudas. No cuento en ella las negras porque seria dispensarlas mucha honra.

—Diablo! sois un hombre verdaderamente peligroso: á un casado no conviene recibiros.

Tengo muy pocos amigos que no estén solteros: los casados me huyen; pero con tal de que pueda ver sus mugeres.....

Y el negrero hizo un gesto de triunfo.

—No sabeis que ya estoy casado? dijo el comerciante riéndose, con anticipacion, del compromiso en que habia metido al negrero.

—Vos casado! Desde cuándo?

—Hace ya dos años.

—En verdad que esta noticia me sorprende. He desafiado todos los peligros: el agua, el fuego y los ingleses: veinte veces me he encontrado á punto de perder la vida; he quedado medio asesinado, medio ahogado, medio quemado, medio ahorcado y, lo digo sin vanas fanfarronadas, nunca sentí miedo; pero cuando oigo hablar de matrimonio un terror involuntario se apodera de mi alma. Cien rayos! para casarse sí que es necesario el valor.

—Para lo que se necesita el valor, dijo Ribeira como un hombre que está seguro de su dicha, es para privarse de los dulces y saludables goces del matrimonio y renunciar á la perspectiva de tener hijos.

—No opino de igual modo, repuso el negrero: aceptaría la mujer en tanto que se conservase jóven y hermosa; pero en cuanto á los chiquillos no veo que haya ventaja en encontrarse uno rodeado por diablillos que gritan, cantan, gruñen, patean y á los que estais obligado de vigilar contínuamen-

te bajo pena de ver vuestra casa como pueblo conquistado.

—En verdad que el cuadro no es alhagüeño, dijo Manuel sonriendo; pero no todos los chiquillos tienen estos defectos.

—Poco mas ó ménos todos son iguales. Si el hombre no vale mucho, el niño aun vale menos, pues no tiène como el hombre la conciencia de sus deberes ni menos la educacion que corrige los defectos.

—Quizá tengais razon; pero hay algo que domina todo esto y es el sentimiento: qué amor puede igualarse al que profesa un padre á sus hijos?

—La dicha no se encuentra en este mundo, replicó el negrero: existe en la imaginacion: todo consiste en persuadirse de que uno es feliz.

—Para mí el colmo de la felicidad consistiria despues de haberme casado en tener un hijo al cual pudiera legar mi nombre y mi fortuna. Ribeira consultó su reloj y cogió su sombrero como para indicar que la hora de salir habia llegado.

Quizá por distraccion el capitan negrero no dió importancia al movimiento de Ribeira y siguió diciendo:

—Con vuestra posicion os habreis casado con algo bueno.....con una mujer rica, ¿no es cierto?

—Os engañais, amigo mio. La mujer con quien uní mi destino era pobre y carecia de familia: era tan pobre, que la recogí en un buque de emigrantes donde se embarcó, fiando en la Providencia que, como se dice, proteje comunmente á los buenos y castiga por lo regular á los malos.

Nuestros personajes guardaron silencio por un instante.

Comprendiendo tal vez las dificultades del terreno en que se habia metido el negrero juzgó prudente callar.

Despues con acento de broma repuso:

—¡Oh! las islas Canarias proveen de mujeres hermosísimas. Allí tuve yo, hace ya unos años, la más singular y preciosa aventura que registra el amor en sus anales. Figuraos que conocí una muchacha, sencilla, inocente, deliciosa, abandonada á sí misma, y á la que no me costó gran trabajo persuadirla que yo era capitan de un buque mercante y que sentia por ella el más santo amor conyugal. ¡Oh! aun me rio al pensar en la credulidad de la niña.

—Y al decir esto la engañabais?

—¡Pues claro está! ¿no conoceis mis teorías en punto al matrimonio?

—Debo censuraros, amigo mio, replicó severa-

mente el comerciante: no debiais usar de tales medios con una muchacha inocente y que carecia de apoyo. Obrásteis muy mal: esto no tiene perdon de Dios.

—¡Bah! no comprendo vuestros escrúpulos. Lo cierto es, que la niña era preciosa y que inscribí su nombre y apellido en la columna de las solteras. Conservo de ella una carta que por cierto se halla muy bien escrita. En ella revela su amor y sus temores al paso que recuerda los instantes que pasamos juntos. Mas el placar tiene álas y el amor no dura más que un dia. ¿Quereis ver la carta?

—Es inútil. Fuera de que, dispensadme, es ya tarde y me aguardan.

En el mismo instante en que el negrero iba á despedirse del comerciante, se oyeron pasos en direccion al cuarto en que él y Ribeira se hallaban.

Era la mujer de este último que deseaba hablarle.

—Si tienes que decirme algo, pasa adelante, dijo Manuel inclinándose hácia la puerta. ¿Oyes, Dolores?

Al oír el nombre de Dolores el capitan se volvió hácia el lado de donde llegaba la señora Ribeira, y se encontró frente á frente de la misma.

No bien la jóven hubo visto al negrero, cuando,

reprimiendo un grito, se quedó inmóvil como una estátua: su rostro se puso lívido, un sudor frio bañaba su frente; sus lábios perdieron el color y vaciló sobre sus piés.

—¿Qué tienes, hija mia? la preguntó Ribeira corriendo hácia ella á fin de que no cayese; te encuentras indispuesta? ¡Hola!...José! Vé en busca del médico! Traed colonia....vinagre!..

Sin decir una palabra, José, que sentia una emocion vivísima, y que habia llegado al cuarto al primer grito lanzado por su amo, salió como una flecha en busca del doctor que no vivia muy léjos.

Algunos negros y negras trajeron colonia y vinagre que hicieron respirar á su señora.

Todo el mundo se hallaba conmovido: solo el capitan seguia impasible. Observándole atentamente veíase que sus lábios se contraían dejando ver una sonrisa burlona, que indicaba toda la maldad de su alma. Era la alegría del tígre que va á cojer su presa.

—Mi presencia en este instante, dijo el negrero á Ribeira, no puede ser mas que importuna: así, pues, me retiro. Creo que la indisposicion de esta jóven no será de consecuencias.. Es cuestion de nervios.. Las mujeres los tienen tan sensibles! Si

vos lo permitís, añadió, recargando el acento en estas frases, vendré á informarme de cómo sigue vuestra esposa.

Y sin esperar contestacion de Ribeira, salió del cuarto lanzando al comerciante una mirada en que al mismo tiempo que revelaba su alegría parecia desafiarle.

—Oh! dicha! murmuró cerrando trás sí la puerta: cuán amable es la casualidad: Qué bien dispone las cosas hasta en los lances de amor!

CAPITULO V.

CONSECUENCIAS DE UNA FALTA.

La salida del negrero, mas que el vinagre y las esencias, hizo recobrar los sentidos á Dolores.

Ribeira, que al principio se habia alarmado, hubo de tranquilizarse con las seguridades que le dió el médico, el cual no vió en su esposa mas que una de estas indisposiciones ligeras á que las mujeres se encuentran sujetas y que la ciencia califica de nerviosas para tener el derecho de no curarlas.

—No es nada, añadió el doctor; quizá sea una indigestion... el calor... Que permanezca tranquila y procure distraerse.. Son los nervios... ya le pasará luego.

El lector, que se encuentra al corriente de todo, comprenderá perfectamente que la sensibilidad nerviosa de Dolores entraba muy poco ó casi nada en aquella indisposicion repentina.

Dolores era culpable, y su seductor, conforme ya se habrá adivinado, no era otro que aquel Francisco Pereira, sin vergüenza y sin fé, que se reía de las cosas más sagradas y que convertia en un título de gloria sus más crueles perfidias.

Ya sabemos por el mismo negrero como engañó á la pobre jóven, que era demasiado honesta y demasiado sencilla para ver la red que se le habia tendido. Abandonada á su candor é inexperiencia, la jóven se creyó amada por el hombre indigno que le juró un eterno cariño, y ella á su vez le idolatró. La débil resistencia que al principio hizo á los deseos de su amante no pudo triunfar de las hábiles maniobras de un hombre que desde muchos años se habia enlodado en la práctica de todos los vicios. Pereira, por decirlo así, robó el honor de Dolores por medio del más cobarde abuso de confianza: prometió casarse con ella y la jóven cedió á sus instancias.

Educada en los principios de todas las virtudes, nunca se la ocurrió que Pereira fuese un delator y que tratase de perder la reputacion de una jóven, único patrimonio que tenia en dote.

Llena de confianza y sin esperiencia de la vida, se abandonó sin cuidado ni reserva en brazos del hombre á quien queria y del cual se creía amada.

En su candor é inocencia ni siquiera trató de ocultar sus relaciones con el capitan, cuyo destino le parecia eternamente ligado al suyo propio.

En un viaje que hizo Pereira al interior de la isla, Dolores le escribió, siguiendo los impulsos de su alma, la carta que el negrero habia conservado como un glorioso trofeo y en la que recordaba á éste los felices instantes que habian pasado juntos á la sombra de su creciente amor.

Desengañada, llena de dolor, de confusion, de arrepentimiento, se embarcó para huir de su país natal y encontrar bajo otro cielo el olvido de sus faltas. El olvido, cuando hemos cometido una falta, nos dá una segunda vida moral y señala el término de nuestro castigo: es la espresion de la purificacion de nuestra alma: mientras existe la memoria de nuestras faltas la espiacion continúa.

El ódio, ó mejor dicho el desprecio habia sustituido al amor que la infeliz jóven habia profesado al negrero.

El disgusto, mas que el temor ó el miedo, la habia sobrecogido al encontrarse frente á frente con el hombre que, como un remordimiento vivo, se

presentaba ante ella en medio de una alegría doméstica que con su arrepentimiento habia conquistado.

Hubo un instante en que se propuso confesarlo todo á Ribeira: pero luego se asustó por las tremendas consecuencias que podia traer una cofesion de este género. A los fatales remordimientos de su alma habia de unir la desesperacion que indudablemente sentiria al ver que ella ocasionaba la de un hombre á quien queria con delirio.

Entonces sus ideas se sucedieron con tanta precipitacion y desórden que estuvo á punto de volverse loca.

En el estravió que le causaba su pena, resolvió negar hasta que conocia á Pereira, si este era bastante innoble para delatarla á su esposo.

Algunas veces se cree en la realidad de las cosas que se desean con ardor.

Dolores, á fuerza de desearlo, creyó que el negrero no conservaria la carta que ella habia escrito como para acusarse á sí misma.

Fuerte con esa fuerza moral que dá la fiebre del peligro, aguardó con aparente frialdad el desenlace del drama que la estaba amenazando, y cuyo sombrío prólogo lo constituia la aparicion del negrero,

El drama, en efecto, se estaba preparando. So lo faltaba que su representacion comenzara.

El capitan, sorprendido al ver la mujer que habia conocido y seducido cuando estaba soltera y á la que el tiempo habia hermoseado, se apostó al siguiente dia de su visita á Ribeira cerca de la casa de este último y en el hueco de una puerta, á fin de que pudiera ver sin ser visto.

Su alma estaba agitada por diversos y crueles sentimientos. En el criminal proyecto que meditaba, le impulsaba, no solo el culpable deseo de vencer la virtud de la mujer casada, despues de haber deshonrado á la soltera, sino el de establecer el desacuerdo en la perfecta union que caracterizaba el matrimonio del Sr. Ribeira y su esposa.

El plan de ataque del negrero no podia estar mejor combinado. Situado, conforme dijimos, en el hueco de un portal vecino á la casa de Ribeira, aguardó el momento en que este último, despues de haber almorzado, se dirigiera á su despacho.

Su intento consistia en llegar de buen grado ó por fuerza hasta las habitaciones de Dolores.

El señor Ribeira salió de su casa á la hora de costumbre, y cogió por la calle de Ovidor que de-

bia conducirlo hácia el punto en que su almacen estaba situado.

Al pasar, el brazo del comerciante, casi rozó con el negrero que se ocultó tras de una puerta.

Luego éste siguió á Ribeira con los ojos, y viendo que el comerciante volvia por una esquina entró en su casa y franqueó la escalera que debia guiarle al cuarto en que su amigo le recibió el dia anterior.

Al llegar á este último no vió á nadie.

El negrero lo cruzó con rapidez yendo hácia las habitaciones donde en su concepto debia encontrarse Dolores; mas, durante el trayecto, encontró á José.

Contrariado á la presencia del negro el capitan se detuvo.

—Tengo que hablar con el Sr. Ribeira, dijo:

—Mi señor no está, replicó el esclavo; acaba de salir ahora mismo; pero si deseais hablarle de algún negocio le encontrareis en su almacen.

—No vale la pena: veré á la señora y la diré lo que tengo que decir á su esposo: lo mismo dá: no es ningun asunto de comercir.

Y el negrero sin esperar contestacion del esclavo trató de seguir adelante.

Pero el negro se interpuso entre él y una puerta del cuarto de Ribeira.

—No podeis entrar á las habitaciones de la señora sin que yo la pase recado, exclamó el negro con audacia.

—Calle! interrumpió el negrero mirando con desprecio al esclavo; acaso tratas de darme una leccion? Si me pones obstáculos te rompo el alma con uno de estos bofetones que yo sé dar á tus iguales. No faltaba mas· quita de ahí, cara de asfalto.

—Vos, caballero, sois blanco y por consiguienestais en el derecho de pegarme; pero yo no puedo, sin faltar á mi deber, permitir que vayais á las habitaciones de mi señora sin avisarle antes.

Un tremendo bofeton que el negro ni siquiera trató de evitar fué la única respuesta que dió el negrero.

Luego como el esclavo siguiese firme cerca de la puerta á fin de que el capitan no entrara, éste continuó:

—He cumplido mi palabra: dije que si me replicabas te daria un bofeton y te lo he dado. Ahora transijamos, dí á tu señora que el capitan Francisco Pereira tiene el honor de visitarla.

Y el capitan soltó una carcajada, viendo que el

negro, sin exhalar una queja, se dirijía á cumplir lo mandado por Pereira, despues de haber sufrido la mas sangrienta de las afrentas.

Cinco minutos despues José estaba de vuelta.

—Mi señora, ruega á vuestra merced que pase adelante, dijo el negro.

—Ya vés, dijo Pereira con acento burlon y lanzando una desdeñosa mirada al esclavo, ya vés que para esta casa no soy un advenedizo, y que portándote con mas juicio te hubieses ahorrado el castigo que te he aplicado ahora mismo. Pero, bah! no te guardo rencor: eres tan lindo!

Y al pronunciar estas frases que ahogaban su risa, el negrero en forma de caricia burlona dió tres ó cuatro golpecitos en la espalda del esclavo.

José mas humillado por esta manifestacion burlona que por el injusto castigo que habia recibido, se puso lívido y sus ojos se inyectaron; mas tuvo el suficiente imperio sobre sí mismo para dominarse y callar.

La puerta del cuarto en que se hallaba la señora Ribeira permanecia abierta y el negrero salvó su dintel.

Dolores, sentada en un sofá tenia un abanico en sus manos como si esta prenda le hubiese podido dar una frialdad que no sentia.

En el mismo instante en que José le anunció la visita de Pereira, la jóven se disponia á salir de casa para dirijirse á la iglesia.

Segun la invariable costumbre de las brasileñas, que van á un templo, Dolores vestia un traje de seda negra escotado que dejaba admirar el contorno de sus espaldas de mármol: llevaba zapatos tambien de seda y su cabellera estaba partida en dos magníficas y sedosas trenzas. Vestida y peinada en esta forma, Dolores estaba irresistible.

Al ver á la señora Ribeira, el capitan, por un movimiento de respetuosa é involuntaria admiracion, se detuvo en el centro del cuarto y la saludó con ceremonia.

Entonces Dolores, saludó á su vez y le indicó un asiento.

Las severas facciones de la jóven turbaron algun tanto al negrero, más luego, reponiéndose, se dirigió hácia ella, y cuando estuvo á muy poca distancia del sofá dijo:

—Si existe un dia feliz para mí, señora, despues de aquel en que tuve el gusto de conoceros, es el de hoy en que tengo el placer de saludaros.

—No os comprendo, caballero, dijo con voz alterada la señora Ribeira, esforzándose por aparecer tranquila y mirando al negrero con fijeza.

—Quizá me espresé mal, señora?

— Lo ignoro; pero repito que no os comprendo.

—¿He cambiado hasta el punto de que los ojos que ántes me miraban con tanta benevolencia, hoy dia no me conocen?

—Os engañais, caballero, os engañais; dijo la señora Ribeira, cuyas facciones indicaban la más dolorosa ansiedad: creo que esta es la primera vez que tengo la honra de hablaros.

—¡Vamos! replicó el negrero afectando un aire de resignacion y de tristeza y como si hablara consigo mismo: recurramos, pues, á nuestro pasado al objeto de aclarar las dudas del presente: roguemos á mi querida Dolores que ayude la memoria harto recalcitrante de la señora Ribeira.

—Caballero, exclamó la jóven con viveza pues su creciente peligro la obligaba á luchar desesperadamente: ya os dije que no tenia la honra de conoceros: ¿cuál es, pues, vuestro intento, al presentaros en mi casa en ocasion en que mi marido está ausente?

—Mi intento, señora, no se propone turbar la felicidad de que gozais; por el coutrario, tengo un placer en veros dichosa. Yo, por mi parte, agradezco á la casualidad, que para mí ha sido el más

amable de los cómplices, que me haya proporcionado el gusto de encontraros en el Brasil, cuando os creía tan léjos. Me habeis parecido más seductora, más divina que nunca: así, podia resistir á mi deseo por veros sola como en otro tiempo y deciros como en otro tiempo de rodillas: Te amo, Dolores, te amo; y tú me sigues amando?

—¡Basta, caballero, basta! No seais tan impostor, dijo la señora Ribeira, que pensaba volverse loca; yo no os conozco.....quizás seais un ladron de honras, quiza.....pero salid pronto..... dejad mi casa: yo os lo mando. Salid, ú os haré echar por mis esclavos!

—¡Ah! señora, señora! exclamó el negrero con un dolor fingido, vos no me haceis justicia. ¡Cómo! vengo aquí, en humilde y respetuosa actitud, vengo á solicitar un recuerdo, una prueba de amistad, un testimonio cualquiera de simpatía despues de haber pasado tantas horas en brazos del amor—horas que quizá habreis olvidado, pero que están grabadas en el fondo de mi alma como la más hermosa página de mi existencia—y me recibís, tratándome de ladron y de impostor, y amenazándome con hacerme echar por vuestros negros de esta casa? ¡Oh! señora, señora! no es esta la benevolencia que yo esperaba y á la que creía tener derecho.

—¡Salid de aquí! salid de aquí! murmuró la señora Ribeira con voz ahogada y acompañando estas frases con un gesto que indicaba su temor y desesperacion á un mismo tiempo.

Pero el negrero, sin dar importancia á las súplicas de Dolores, continuó:

—Verdad es que en la época en que os conocí y en vuestra posicion modesta, no teniais esclavos....ya sabeis, era aquella época en que vuestra amabilidad llegaba hasta el punto de escribirme tiernas y apasionadas cartas de amor....

—¡Mentira! ¡mentira!..... articuló la señora Ribeira con voz sorda.

—Cartas en que la sencillez corria parejas con el cariño y cuyo elegante estilo revelaba á veces sentimientos profundos como el amor que los dictaba.....cartas, en fin, como esta que siempre he conservado.

Y el negrero desplegó con precaucion, una carta que sacó de su cartera.

Al verla, los ojos de la señora Ribeira echaron chispas y sus lábios temblaron. En su terrible desesperacion quiso arrebatar al capitan la carta que comprometia su honra; más sus esfuerzos se estrellaron contra la energía de aquel, que la dobló y la metió en su cartera.

—¡Sois un infame! dijo la señora Ribeira; sois un cobarde, un pérfido! Sois el génio del mal que desea mi desgracia! Me engañásteis y sedujísteis cuando yo era una mujer inocente, cuando mi corazon se abria á las más nobles aspiraciones; entónces me deshonrásteis llenando de luto mi alma; y como si aquello no fuera bastante, hoy que me he purificado, que estoy casada, hoy que la misericordia de Dios me ha perdonado, quisiérais manchame de nuevo con vuestra vil y criminal pasion. ¡Oh! sí: sois un infame, un hombre débil, un cobarde, y yo os maldigo!

—Ya estaba cierto, dijo el negrero, al cual estos reproches no impresionaron lo más mínimo, ya estaba cierto de que Dolores ayudaria la memoria de la señora Ribeira y que esta carta, verdadero tesoro de amor, obraria como un gran talisman.

—Me estais asesinando, caballero.

—¡Oh! cuán bella y hermosa estais con este desórden moral que os agita, con esa tez pálida, con este seno que late al impulso de vuestras emociones! La pasion no es mas que el misterio: me colmais de injurias, y sin embargo, os quiero más que nunca.

—Pues bien, repuso Dolores con acento de súplica; si efectivamente me amais, mi sufrimiento

no puede agradaros: comprendereis mi situacion y tendreis piedad de mí: no tratareis de prolongar por más tiempo mi tortura..... Dadme esta carta, os lo pido de rodillas!

—Nó, nó, Dolores; no os entregaré esta carta por la misma razon de que os amo: si tuviese la debilidad de entregárosla, me diriais entónces lo que ahora mismo: "No tengo la honra de conoceros." Y, en efecto; me echariais de vuestra casa.

Luego, acercándose á la señora Ribeira, añadió bajando la voz y con pasion:

—Pero si tú, Dolores, quieres la carta, yo te la daré con gusto: el amor corta las garras del leon y el amor alcanzará de mí lo que no pudieran alcanzar las amenazas. Que tus encantadores lábios pronuncien las dulces frases de otro tiempo, que la benevoleucia reemplace á tanta severidad: entrégate á mi cariño, y esta carta que deseas, yo te la entregaré con gusto como la espresion de mi ardiente amor, como la prenda de tu tranquilidad futura.

—Guardadla, caballero, dijo la señora Ribeira con la mayor sangre fria; yo nunca haré traicion á mi esposo.

—No seas tan cruel, Dolores, y no te empeñes

en perjudicarte á tí misma. Escucha: mañana parto á Rio Janeiro y quizá no volveré más; de esta hora de felicidad que yo te exijo, como una reminiscencia de nuestros hermosos dias, no quedará mas que un simple recuerdo.... mientras que la carta que deseas puede ser casi eterna y.....

—Nunca, nunca; prefiero la muerte á la infamia: me consideraré aun feliz si al morir por salvar mi honra, puedo obtener del hombre que amo y cuyo nombre llevo, el supremo perdon que Dios concede al arrepentimiento.

Al pronunciar estas frases, la jóven hizo un movimiento para levantarse y salir. El capitan, la cojió su brazo con dulzura.

— Reflexiónalo, querida mia, reflexiónalo: que tu ciega pasion no extravíe tu juicio. Dices que quieres salvar tu honra, y temo que, por el contrario, vas ha hacer pública tu afrenta. Hablemos claro Dolores: tú ya me conoces y sabes que soy hombre al cual no se intimida fácilmente.

Luego bajando nuevamente su voz y hablándola casi al oido prosiguió:

—Esta noche, alma de mi alma, irás al punto que tú misma elijas y en él te entregaré esta carta.

—No concluyais: os comprendo perfectamente.

—Esta noche á las diez pasaré debajo de tus ventanas y traeré la carta.

—Oh, Dios mio! Dios mio!

En aquel instante José apareció en el dintel de la puerta y dijo á su señora que era ya la hora de ir á misa.

Al ver el esclavo, el rostro del negrero se nubló algun tanto; pero luego reponiéndose hizo un profundo saludo á la señora Ribeira y salió del cuarto.

—Son las once, dijo para su sayo; de aquí á las diez de la noche van once horas; once horas para decidirse y reanudar con un capitan negrero, al cual se le puede ahorcar de un dia á otro, un amor pasagero, ó bien perder su porvenir, su consideracion y su fortuna.... No faltará á la cita.

CAPITULO VI.

EL SACRIFICIO.

La mas sombría trizteza habia reemplazado en la señora Ribeira, la fébril agitacion ocasionada por la presencia del negrero.

Luchando heróicamente entre sus deberes de esposa y las proposiciones de su seductor, la jóven habia agotado sus fuerzas.

La lucha habia sido cruel, terrible, suprema: por un lado veia su porvenir perdido para siempre, veia el desprecio de Ribeira, mientras que por otro veia la doble mancha que recae en una muger que se hace culpable casada, habiendo ya sido culpable soltera.

Cuantas contradicciones y estrañezas se descubren en el corazon humano! La señora Ribeira amaba á su esposo mas que todo lo del mundo, mas que su propia existencia, que hubiera sacrificado para salvar su honra, y aparte de esto, la conducta del negrero le daba horror, y sin embargo de ello la señora de Ribeira sentia cierta inclinacion á ese mismo hombre que la proponia un comercio infame. Las pérfidas y calculadas frases de Pereira habian despertado su amor mal extinguido, y necesitó de todos sus esfuerzos para ahogarlo en el fondo de su alma.

La razon es siempre la que domina en las organizaciones de buen temple, y la razon triunfó de todo en la señora Ribeira cuyo carácter era esencialmente honrado.

Lanzó, pues, fuera de su corazon y haciendo un supremo esfuerzo, aquellos restos de un amor culpable; encerróse en sus deberes y se unió á su esposo con el doble lazo del honor y el cariño. No tardó pues, mucho, en tomar una resolucion enérgica: decidió no salir á las ventanas de su casa cuando el negrero, segun la habia dicho, iria á pasearse debajo de las mismas y abandonar su suerte en manos de la Providencia.

Las ideas se suceden con rapidez en los instan-

tes en que nos hallamos sugetos bajo el dominio de una crísis moral. Dolores llegó á considerarse feliz porque se la proporcionaba una ocasion para espiar las faltas pasadas y aceptó como un legítimo castigo las desgracias de que estaba amenazada.

Se hallaba, pues, tranquila, como está tranquila una alma de buen temple á la cual consta que es de todo pu to imposible dominar un gran peligro. Un tinte de dulce melancolía realzaba la hermosura de su rostro.

En esta situacion casi estática, las cosas que veia no la parecian mas que un vago y lejano recuerdo. Echaba ya de menos las cosas que aun estaba poseyendo, tales como la afeccion de su marido, su casa, sus esclavos, su juventud, los homenajes que se la rendian y hasta sus joyas y vestidos.

En el estado en que su alma se encontraba, parecíale que la naturaleza estaba mas hermosa que nunca, y su existencia entera á contar desde su infancia, se desenvolvia en su memoria como un cuadro hermoso y terrible á un mismo tiempo. Estaba viviendo, y sin embargo, la parecia que ya no pertenecia á este mundo.

Solo el recuerdo de su marido la sacaba de vez

en cuando de aquel estraño letargo para echarla en brazos de la triste realidad.

Su corazon latia con fuerza y en su enfermo espíritu se agitaban mil contradictorios pensamientos.

Por un instante la jóven quiso huir de la casa de su esposo antes de que éste regresara á la misma. Con este objeto empezó á escribir una carta; mas luego hizo pedazos lo escrito porque halló mas noble y mas digno desafiar la desgracia frente á frente.

Dolores no vió llegar, sin terror, la hora en que el señor Ribeira iba á entrar en su casa. La jóven temia su presencia, como si Manuel hubiese podido leer en su rostro el secreto de la falta que tanto destrozaba su alma.

Al dar las cinco Ribeira entró en el cuarto de su muger.

En una de su manos lleva una hermosa jaula.

—Buenas tardes, amiga mia, qué tal te encuentras de la indisposicion de ayer?

—Sigo lo mismo: quizá me siento peor, dijo Dolores.

—Es estraño; me parece que esta mañana, antes de que yo saliera, te encontrabas muy mejorada. Verdad es que esos malditos nervios son ter-

riblemente caprichosos: lo que debes hacer es dejar que la naturaleza siga su curso y procurarte distracciones. Y á propósito: aquí te traigo una jaula con una ave que uno de sus enfermos ha regalado al doctor y que éste á su vez se empeñó en regalarme. Es un pájaro de color negro y violado que nada tiene de hermoso; pero en cambio canta divinamente.

—¿Qué pájaro es? interrogó la jóven.

—Una viuda.

Al oír esta última frase Dolores se extremeció. Parecíale que aquella ave le era ofrecida como el símbolo de su posicion futura.

José anunció que la sopa estaba en la mesa.

Dolores ocupó en esta su puesto de costumbre; mas no pudo comer nada. A pesar de los esfuerzos hechos por Ribeira á fin de distraerla, Dolores continuó con su tristeza de siempre.

José servia la mesa, y al verle se hubiese podido creer que, si el negro, hasta entónces, se habia mostrado hosco y taciturno para con la jóven, hacia, en aquel instante, toda clase de esfuerzos para mostrarse dulce y complaciente con ella.

Se esforzaba por sonreír á su señora, y de cuando en cuando le decia con un acento singular y lleno de la más profunda conviccion.

—*No temais,* señora: esto no será nada: os juro que vuestra indisposicion *no tendrá consecuencias.*

Llegó la noche.

Dieron las diez.

Segun lo habia indicado, el negrero, lleno de la mayor confianza en el buen éxito de su proyecto, se situó bajo las ventanas de la casa.

Creía que el valor y la importancia que la señora Ribeira daba á su carta, no triunfaria de sus escrúpulos y que por fin asistiria á la cita.

Con todo eso, á la hora en que el negrero se paseaba debajo de las ventanas de la casa, esta permanecia envuelta en la oscuridad y el silencio.

El capitan Pereira creía que Dolores, iba á salir de un instante á otro ènvuelta en su mantilla.

El negrero esperó el primer cuarto de hora con la mayor confianza; en el segundo empezó á silvar; en el tercero echó pestes y votos, y al cumplirse la hora, viendo que las ventanas continaban cerradas y que la jóven no salia, dejó la calle, jurando que no tardaria mucho en vengarse.

—Ah! Dolores, Dolores! decia para sí, completamente humillado; ya la pagarás cara. ¿Quieres guerra? Pues bien; la tendremos. Pero la lucha es desigual y mis armas se encuentran en esta carte-

ra que nunca abandono. Esta fatal carta dictada en un dia aun mas fatal, por tu corazon enamorado, será un puñal que destrozará tu alma y tu honra.

Luego, deseando olvidar esta derrota, el negrero se dirigió hácia una casa de juego.

Era una casa de tahures situada en un barrio muy poco frecuentado.

En torno de las mesas de juego, se reunian todas las noches multitud de vagos y hombres miserables que llevaban pintada en su rostro la expresion de su codicia, y entre los que, de cuando en cuando, se veía gente de posicion desahogada.

Nada como las viles pasiones reune á ciertos hombres que por su rango, su instruccion y su fortuna, jamás se hubieran codeado, ni, nada como el vicio, establece tanta igualdad en la bajeza.

En una casa de juego un príncipe es un jugador como cualquier otro: se le pisa, se le codea, se disputa con él el valor de una apuesta, y llega á olvidar su cuna, su reputacion su buen nombre, para cuestionar si le pertenece ó nó una moneda que hubiese desdeñado recibir por manos de un hombre honrado. En aquella banca, veíanse aquella noche toda clase de jugadores. Les habia rusos, franceses, ingleses, alemanes, formando corro con

los *mineros* de anchos sombreros de paja y botas de cuero amarillo y con otros hombres, ya soezmente vestidos, ya llevando trajes magníficos.

Entre estos veíanse asímismo algunos de estos jugadores cuyo semblante habia arrugado el vicio, y que no teniendo cuartos con que apuntar, persuadian á los jugadores superticiosos que tenian el don de hacer ganar ó perder, á fin de que, luego se les diese una limosna. Esta clase de hombres existe en todas las casas de juego.

El negrero entró en el salon y su presencia regocijó á los banqueros. Hacia tiempo que no le habian visto y su llegada fué saludada por ellos como una buena fortuna.

Y en efecto: el capitan era un escelente parroquiano y se tenia la esperanza de que, segun costumbre, dejaria en la banca su dinero.

Despues de haber respirado por algun tiempo el aire del salon y hecho algunas observaciones, Pereira se sentó al rededor del tapete, colocó en este una gruesa cartera donde guardaba, por una parte, algunos documentos importantes, entre ellos la carta de Dolores, y por otra se encontraba atestada de billetes de Banco.

El negrero al principio jugó con timidez, y ganó.

Viéndose favorecido por la suerte, dobló, triplicó, cuadruplicó sus apuestas y realizó, por fin, unos cuarenta mil francos en pocas horas.

Por la primera vez en su vida el juego favorecia su codicia: viéndose con aquella suma, un tanto respetable, el negrero salió del salon.

Eran las dos de la madrugada.

De la casa de juego, situada cerca de Mata Porco, á la Fonda de Francia, situada en la calle de Ovidor, en que vivia el negrero, habia gran distancia, y las calles que se debian cruzar estaban muy desiertas.

Mas acostumbrado á desafiar el peligro, el capitan no era miedoso.

Fuera de esto llevaba una pistola en el bolsillo.

Andaba por la calle muy tranquilo, cuando de pronto vió una sombra, que se deslizaba por entre la oscuridad: era un hombre que se dirigia hácia él.

—¿Quién es? preguntó el negrero.

—Nadie le contestaron. Y la sombra continuó andando.

El capitan, que comenzó á temer por su dinero, exclamó:

—Pasad, quien quiera que seais, el otro lado de la calle, ó sois hombre muerto.

Y al mismo tiempo montó su pistola produciendo un ruido seco, que se hizo tanto más sensible cuanto que en la calle reinaba el más profundo silencio.

Pero la sombra, como si no hubiese oído aquel rumor ni la amenaza del negro, continuó avanzando.

—Otro paso más y suelto el tiro.

La sombra no se detuvo.

El capitan hizo fuego; pero en la oscuridad se apunta muy mal. El negrero, sin embargo de su destreza, no hirió á la sombra.

Esta se precipitó sobre el negrero y le dió dos puñaladas en mitad del corazon.

La víctima no exhaló mas que un sordo y doloroso gemido; y cayendo en el suelo mortalmente herido, su sangre inundó el arroyo.

Entónces el homicida, arrodillándose en el suelo, buscó la cartera del negrero, la encontró; la abrió convulsamente, dejó los billetes de Banco, cogió algunos papeles y volvió á meter la cartera en el mismo bolsillo donde la habia encontrado.

Luego miró en torno suyo, y no viendo á nadie, echó á correr calle abajo.

Desgraciadamente para el asesino, el disparo del negrero habia dado la voz de alarma á una ronda, y esta no tardó mucho en prenderle.

El homicida no opuso resistencia de ningun género. Llevado á la cárcel confesó lisa y llanamente su crímen.

Al siguiente dia el doctor que habia cuidado á Dolores, entraba en la casa del Sr. Ribeira.

—Sois vos mi buen amigo? le preguntó este último. Venis á almorzar con nosotros?

—Gracias, no siento apetito.

—Entonces tomareis chocolate.

—No, no.....

—Estais enfermo?

—No estoy enfermo: pero no me siento muy bien: la vista de ese infeliz me ha impresionado. Fiad en la virtud de los negros al ver lo que ha ocurrido.

—Y qué ha ocurrido? preguntó Manuel que ignoraba lo que habia sucedido en la noche anterior y que, por consiguiente, no llegaba á comprender el lenguaje enigmático del doctor.

—Cómo! no lo sabeis? preguntó este último.

—Qué ha ocurrido, Dios mio? exclamó la señora Ribeira.

—Hablad, dijo Manuel: me teneis con cuidado.

—No sabeis que José, vuestro negro, el esclavo que segun decíais era tan bueno y en el que depositabais vuestra confianza, ha sido preso?

—¡Preso! exclamaron, á un mismo tiempo, el Sr. Ribeira y su señora.

—Pues no faltaba otra cosa! replicó el doctor.

—No es posible, dijo el comerciante: conozco á mi negro y no ha podido hacer nada que merezca la prision. Por lo demas voy á informarme ahora mismo.

—Es inútil, amigo mio, estoy cierto de lo que digo. Vuestro negro ha sido arrestado porque se le acusa de haber cometido un homicidio en la persona de un negrero que, segun creo, conocíais.

—Francisco Pereira?

—Cabal.

Al oir esta noticia Dolores exhaló un grito y se puso á temblar de un modo convulsivo.

Su emocion era tal vez el resultado de la satisfaccion que sentia por verse libre del mas peligroso y cobarde de sus enemigos? Nosotros creemos que sí, por mas que á esa triste satisfaccion se mezclara cierta piedad por el hombre que por primera vez habia hecho latir su corazon.

Sea lo que fuere, ni el Sr. Ribeira ni su señora pudieron sospechar el verdadero motivo que habia impulsado al negro á cometer el homicidio.

Nadie, escepto una negra, que la habia presenciado sin despegar sus lábios, sabia la escena ocur-

rida entre José y el negrero en que éste dió un bofeton al pobre esclavo. Así, pues, ni el señor ni la señora de la casa pudieron atribuir el asesinato á un sentimiento de venganza.

Pero á la estrañeza volvió á suceder la duda.

—Estais cierto, de que ha ocurrido ese doble acontecimiento? dijo el Sr. Ribeira. Me parece imposible que José se haya convertido en asesino.

—Tan cierto es lo que digo, que yo mismo ví el cadáver. En mi calidad de médico se me ha llamado para que socorriese al herido, y al presentarme donde se hallaba le encontré ya muerto. Tenía dos puñaladas en el pecho y una y otra le habian atravesado el corazon. Por lo que toca al homicida no le he visto; pero ha declarado que se llama José y que era un esclavo que pertenecia al Sr. Ribeira, comerciante en tasajo, que vive en la calle de Alfandega número 26. Quereis mas detalles?

No bien el doctor hubo pronunciado estas frases, cuando unos agentes de policía que introdujeron al comedor los negros de la casa, confirmaron lo que aquel habia dicho.

—Qué tal? Es cierto lo que yo aseguraba, preguntó el doctor.

—Parece inconcebible, dijo Ribeira. Voy á la

cárcel: antes de poco tendré el secreto de tan espantoso drama.

José habia sido encerrado en un calabozo donde habia un negro y un mulato á los que habian condenado á muerte. El mulato, cuyo nombre aun se pronuncia con espanto en Rio Janeiro, habia cometido treinta y ocho asesinatos, algunos de ellos para robar y otros por el simple gusto de matar. El negro habia violado á su señora, despues la habia estrangulado, y á fin de ocultar las huellas de este doble crímen, habia pegado fuego á su casa.

El Sr. de Ribeira, al objeto de conferenciar con su esclavo, penetró en este calabozo, donde habia una clase de gente que, como se vé, no podia inspirar simpatías.

No bien José percibió á su amo, cuando se arrodilló á sus piés y besó sus manos que húmedeció con el llanto de sus ojos.

—Con que eres culpable desgraciado? le dijo Ribeira con voz en que se revelaba mas la compasion que el reproche.

—Si, amo mio, soy culpable; oh! sí mucho mas culpable de lo que se cree.

—Qué demonio te impulsó á cometer ese crímen, á tí que te creia tan bueno y honrado, á tí

en quien habia depositado toda mi confianza, y á quien me complacia en citar como un modelo?

—Perdon señor, perdon: ya me veis á vuestros piés; dispensadme que os cause tanta pena: yo soy indigno de vuestra generosidad y proteccion: ojalá que el supremo castigo que me reserva la ley llegue á purificar mi alma y á endulzar, con la piedap, el recuerdo que dejará mi crímen.

—Pero qué motivo te impulsó á matar á ese hombre, á quien yo conocia, que era mi amigo, á quien recibia en mi casa?

—Me injurió, me despreció, me abofeteó y yo, señor.... me he vengado.

—Olvidaste, desgraciado, que Francisco Pereira era libre, que pertenecia á la raza blanca, y que tú, en cambio, eras un negro y un esclavo?

—Oh! sí: dijo José con una espresion de dolor indefinible; olvidé, en efecto, que yo era negro y esclavo.

La justicia que en Rio Janeiro es muy indulgente para con los blancos, principalmente si sus crimenes se ejecutan sobre negros, es terriblemente inflexible cuando se trata de castigar un negro que ejecuta un crímen sobre un blanco.

El asesinato del negrero habia causado gran sensacion, y los tribunales no tardaron mucho en pronunciar su fallo.

José no negó su crímen y declaró que habia muerto al negrero para vengarse del bofeton que éste le habia dado.

La negra, que fué el único testigo que presenció aquel hecho, fué llamada para que declarase y lo confirmó en todas sus partes.

Despues de una inútil y desesperada defensa por parte del abogado que pedia la obsolucion del negro, los jueces deliberaron y Jesé fué condenado á la horca.

Ocho dias despues de pronunciada esta sentencia, los vecinos de Rio Janeiro se estrechaban y confundian en la plaza donde se levanta el palacio imperial.

Casi frente á este edificio, á orillas del mar, veíase una horca.

La muchedumbre, con esa febril y horrible impaciencia que siente cuando se trata de presenciar ejecuciones, se informaba de la hora en que el reo debia subir al patíbulo.

—No viene aún el paciente? preguntaba un negro.

—El verdadero paciente soy yo, dijo riendo un mulato. Me encuentro aquí desde las ocho de la mañana y ya no tengo fuerzas que me sostengan.

—Ved hácia el mar, decia otro; ved cuanta mul-

titud se ha encaramado en las vergas de los buques para ver mejor el patíbulo. ¡Cuántas mujeres!.....hay más mujeres que hombres.

—Qué quereis! observó un tercero de semblante grave y que parecia observarlo todo: las mujeres, por lo mismo que son muy sensibles, se aficionan á esta clase de espectáculos.

—¡Vaya un espectáculo!... Ver como ahorcau á un hombre.

—No importa: esto las conmueve. La mujer que por su naturaleza es buena hasta el punto de sacrificarlo todo, es amiga de grandes emociones. Expondrá su existencia para salvar la de otro, mas aprovechará la ocasion para ver ahorcar, guillotinar, ó descuartizar al prójimo. Las más bellas y elegantes damas de todos los tiempos y países, han aceptado siempre con gusto un lugar donde puedan ver á su sabor la justicia que con un reo hace el verdugo.

—Esto, casi es feroz: entónces las mujeres son más malas que los hombres?

—No por cierto: son más sensibles y más apasionadas que nosotros.

Un ruido sordo ocasionado por los murmullos del populacho interrumpió este diálogo. Todos se empinaron para ver mejor, y esto fué causa de

algunas desgracias: un hombre salió con el brazo roto: un niño quedó ahogado y los torniscones se repartieron á diestra y siniestra.

Decíase á grandes voces que ya llegaba el reo.

Pero los que esto decian se equivocaban, lo que se habia tomado por el fúnebre cortejo era un piquete de soldados que se dirigia á la cárcel.

A este desengaño la impaciencia se retrató en todos los semblantes.

—En nuestro país todo se hace mal, observó una mulata; hé aquí un hombre que hace dos horas debiera estar ahorcado, y sin embargo, aun no lo sacan de la cárcel. Vaya una justicia!

—Y entre tanto, replicó una negra, el pobre pueblo es quien lo paga haciéndole perder un tiempo que pudiera emplear en el trabajo. Ya que se trata de darnos un saludable ejemplo, que se nos dé á la hora prevenida, y no nos hagan morir de impaciencia.

—Ya lo veis, dijo la mulata: la sentencia debia ejecutarse á las diez..... Yo he dejado de hacerlo todo en mi casa: no he preparado el almuerzo á mi esposo, he dejado sin vestir á los chiquillos, entre los que hay uno que está enfermo; he venido aquí, á las nueve, para cojer un buen puesto y ver el saludable espectáculo en que se ahorca á

un hombre, y sin embargo de esto, han dado las diez, las diez y media, las once y las once y media, y así veo al criminal como á mi abuela. Vaya un abuso de confianza!

—No solo es un abuso de confianza, sino una falta de educacion. Pero me parece que antes de las doce estará ya aquí el reo.

—Que venga cuando quiera. Si no fuese porque le conozco de vista y porque se asegura que es todo un hombre honrado, lo cual es un motivo para que se le vea ahorcar con gusto, yo os juro que no resistiria más este planton y que me iria derechito hácia mi casa.

—Si es que efectivamente conoceis al reo, estais en la obligacion de sacrificarle vuestro tiempo: esto no podrá ménos que gustarle. Fuera de que no puede tardar mucho.

—Hé aquí la cuarta vez que presencio ejecuciones y en ellas siempre he tenido un contratiempo.

Por fin viéronse algunos hombres y mujeres que desde las vergas de los buques agitaban sus pañuelos en señal de que el reo salia de la cárcel.

Esta vez la gente no se equivocaba: el sentenciado llegaba y un innoble murmullo de satisfaccion brotó en los lábios de la muchedumbre.

Siguiendo la costumbre establecida, el reo, debia salvar á pié el trayecto que mediaba entre la cárcel y el patíbulo.

El aparato que en las ejecuciones se despliega en el Brasil, es verdaderamente imponente.

Abrian el fúnebre cortejo doscientos gendarmes llevando desenvainado el sable.

A los gendarmes seguian los jueces vistiendo su negra toga.

En medio de estos, y ginete en un caballo, veíase al ministro de Justicia, que segun las leyes brasileñas debe vigilar ó presidir la ejecucion de las sentencias capitales.

Detrás de los jueces y el ministro, seguian varias órdenes religiosas como los frailes franciscanos, los descalzos, los mendicantes, los hermanos de la buena muerte, etc., etc., vistiendo sus respeetivos hábitos y llevando el guion de sus conventos.

Entre los hermanos de la Misericordia, precedido por una gran bandera en cuyo damasco se veia bordado un misterio de nuestra religion católica, iba el desdichado reo llevando los piés y la cabeza desnudos. Sus manos permanecian atadas á sus espaldas y de vez en cuando besaba con fervor la imágen de un Santo Cristo, que uno de los

hermanos acercaba á sus lábios. Al otro lado iba otro frrile que recitaba la plegaria de los que están en la agonía.

Tras del reo seguia el verdugo con su ayudante.

Cerrábase el cortejo con un escuadron de gendarmes vestidos de gala.

José habia visto llegar su postrer momento con resignacion y hasta con dulzura.

Una hora ántes de abandonar la cárcel habia mandado llamar á uno de los hermanos de la Misericordia que le acompañaban al patíbulo, que ya ántes le habia administrado la comunion, y habló con él por espacio de algunos instantes.

Luego le entregó un paquete que habia ocultado en su mismo calabozo. Recibida su bendicion se unió al cortejo que debia conducirle al patíbulo.

José andaba con gravedad y firmeza; pero sin hacer alarde de su serenidad y valor.

Mas que á un criminal vulgar veíase en él á un hombre de conciencia noble y tranquila.

Para llegar hasta donde se levantaba la horca era necesario pasar por la calle de Alfandega donde vivian los que habian sido sus amos.

Al ver la casa de Manuel Ribeira donde habia pasado tan felices años, al ver que sus puertas y

sus ventanas, que contemplaba por la vez postrera, permanecian cerradas en señal de luto, el esclavo sintió como su alma se escapaba de su cuerpo y echó á llorar tan tristemente que la multitud se conmovió. El dolor robó las fuerzas de aquel desgraciado que vaciló sobre sus piés.

El fraile que le auxiliaba le sostuvo.

—Animo, le dijo, valor, hermano mio! Y le indicó el cielo.

Pero el corazon del negro no latia y un sudor frio bañaba su rostro.

Su hubiese dicho que la muerte en su impaciencia habia cumplido su obra sin la ayuda del verdugo.

El médico nombrado de oficio que formaba parte del fúnebre cortejo, le mandó aspirar un frasco de éter y administrar unas gotas de cordial.

—Perdonadme, Dios mio, exclamó José elevando sus ojos al cielo y con una voz llena de uncion; perdonadme esta debilidad de mi pobre corazon enfermo en el instante en que voy á comparecer ante vuestro tribunal supremo: vos sois, bueno, Señor, vos sois poderoso y tengo confianza en vuestra misericordia. Yo os ofrezco mi vida en espiacion de mis faltas: aceptadla, Señor, aceptadla,

—Dios os escucha hermano, dijo el buen fraile: esperad en su bondad.

—Podeis andar? le preguntó un agente de policía viendo que el reo estaba débil.

—Sí, dijo este último exhalando un suspiro.

Y el fúnebre cortejo siguió su curso.

Pasados algunos minutos llegaba al patíbulo.

Al llegar á él se detuvo.

Uno de los hermanos de la Misericordia entregó al verdugo la cuerda con que debia ejecutarse al esclavo.

La multitud permanecia silenciosa.

El ministro de Justicia hizo una seña y el condenado, llevando siempre sus manos atadas á la espalda y ayudado por su confesor y el verdugo, que llevaba la cuerda en su mano, subió lentamente por la escalera que guiaba á la plataforma de la horca. En ella se sentó de cara al mar y sus piés colgaron al aire.

José parecia tranquilo y resignado.

No sucedia lo mismo con el fraile que le asistia; su emocion era visible para todo el mundo.

En el instante en que el verdugo puso la cuerda en la garganta del reo y le vendó sus ojos, el hermano de la Misericordia prorrumpió en llanto.

—No lloreis, padre mio, no lloreis, le dijo el

esclavo: los castigos que infligen los hombres no son mas que pasajeros, en tanto que la justicia de Dios es eterna.

El religioso abrazó con efusion al reo, le dijo algunas frases en voz baja y llenando hasta el fin su triste mision, bajó algunos peldaños de la escalera.

En ellos rezó la oracion de los agonizantes.

En el instante en que el religioso concluia este himno fúnebre, cubriéndose el rostro con sus dos manos, el verdugo impulsó al aire el condenado que lanzó un terrible grito.

Por un movimiento instintivo mas fuerte que su raciocinio, quiso agarrarse á la plataforma; pero sus esfuerzos no pudieron reprimir su caida y se le vió tieso é inmóvil en el aire despues de haber oscilado unos instantes. Entonces el verdugo se deslizó por la cuerda y se sentó en hombros de su víctima á la que tapó la boca con las manos.

Al ver tan horrible espectáculo, la muchedumbre dejó escapar un grito general que resonó en el espacio como el eco de la muerte.

Durante algunos minutos vióse como el esclavo luchaba con las convulsiones de la agonía, que se hacia lenta porque nunca el reo acababa de asfixiarse.

Por fin las convulsiones cesaron y el médico que estaba de servicio ordenó que se le descolgara.

Despues de haberle examinado dijo que ya habia muerto.

Entonces los hermanos de la Misericordia recogieron el cadáver para darle sepultura.

La tragedia, á contar desde el instante en que el cortejo llegó al patíbulo, no habia durado mas que un cuarto de hora.

Los frailes volvieron á sus conventos, los soldados á sus cuarteles y la muchedumbre, como si la voz de su conciencia hubiera censurado su ávida curiosidad por contemplar el mas repugnante de los espectáculos, se retiró muda y silenciosa á sus casas.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

En la tarde de aquel mismo dia el hermano de la Misericordia que habia asistido al desdichado José en sus últimos momentos y que, anteriormente, le habia confesado, se presentó en la casa de la señora Ribeira y suplicó á ésta que le concediera una entrevista.

—Vengo señora, la dijo, á cumplir una de las

santas misiones propias de mi ministerio, entregándoos este paquete.

Al ver al religioso, al oir sus graves palabras, Dolores se sintió profundamente conmovida.

—Sed bien venido, padre, dijo la jóven, tendiendo su mano para coger el paquete. Podeis decirme quién os hizo este encargo?

—Un hombre que ha sufrido mucho y que ya no existe; vuestro esclavo José, señora.

—José! exclamó la señora de Ribeira.

Y con temblorosa mano abrió el paquete. Este encerraba una cajita que habia pertenecido á la jóven y en la que habia una carta y una lista en la que figuraba el nombre de varias mujeres.

—Dios mio! y el pobre José me ha enviado esto?..... Cómo llegó á poseerlo? Explicaos, padre mio.

Y su mirada, que interrogaba mas que sus lábios, solicitaba una respuesta indicando al mismo tiempo una ansiedad y emocion vivísimas.

El fraile repuso:

—Vuestro esclavo, señora, suponiendo que el capitan el dia en que os visitó llevaba una intencion malévola, se ocultó de modo que pudiese verlo y oirlo todo. Comprendiendo las terribles amenazas de que vos erais objeto, sabiendo que de la

posesion de esta carta, dependia vuestra dicha, quiso sacrificar su existencia para salvar vuestra honra, y se hizo homicida para alcanzar la posesion de esta carta. Dijo ante los tribunales que habia tratado de vengar las afrentas que habia recibido del negrero; pero esto no fué mas que un pretesto con que ocultó el verdadero fin de su crímen.

—Y qué es lo que hice yo para merecer tan sublime sacrificio?

—Os amaba, señora!

OSCAR COMETTANT.

FIN.